JULIUS HORTS

LA QUINTA DE D. JUAN

Juguete cómico en 3 actos y en prosa

ADAPTACIÓN DE

JOSÉ PABLO RIVAS



MADRID

Sociedad de Autores Españoles

1914

LA QUINTA DE DON JUAN

Juguete cómico en 3 actos y en prosa

ORIGINAL DE

Julius Horts

ADAPTADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

JOSÉ PABLO RIVAS

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Principal de Barcelona la noche del 25 de Octubre de 1913.



SAN FELIU DE LLOBREGAT

CALLE LAUREANO MIRÓ, NÚM. 202, IMPRENTA

1913

REPARTO

Aurora	Srta. Ester Oliver.
Catalina.	» Blanca León.
Irene.	» Rosita Marco.
Adda Franquini	» Rosa Prunell.
Rosa.	» Rosa Hernáez.
Cárlos	Sr. Cárlos Capdevila.
Juan.	» José Santpere.
Don Augusto	» Domingo Aymerich.
Don Atanasio	» Vicente Daroqui.
Cosme	» Jaime Capdevila.
Benito	» Joaquín Fernández.

La acción en Madrid.

Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Salón elegante en casa de Carlos. Al centro del foro la puerta por donde se viene de la calle. A la derecha un piano y encima fotografías. En primer término una gran mesa de escribir sobre la cual se ve un aparato telefónico con el libro de abonados y dos sillones. Sillas, espejos, etc. Puertas en primer término a derecha e izquierda.

ESCENA PRIMERA

CARLOS y AURORA.

(Al levantarse el telón Carlos toca al piano un vals callejero, de pronto deja de tocar y empieza a pasearse nerviosamente por la habitación. Carlos tendrá unos treinta años, y su aspecto es algo vulgar.)

AUR. Porqué no sigues tocando? (Aurora es una mujer de unos veinticinco años, de ingenio despierto y travieso.)

CARL. Porque estoy furioso... Porque de buena gana haría cualquier disparate...

AUR. No digas eso... Por semejante bagatela...

CARL. Le llamas bagatela el tener que retardar el veraneo por un capricho del ministro?...

AUR. Que le hemos de hacer! Nos quedaremos en Madrid.

CARL. Con treinta y cinco grados a la sombra.

AUR. Iremos todos los días al Retiro.

CARL. Para que tengamos más calor... Y yo que estoy deseando libertarme durante unas cuantas semanas de la tiranía del teléfono que me pone nervioso, que me... Estos papás tan cariñosos me han reventado siem-

pre... A las ocho de la mañana, rin, riiin, el teléfono y la preguntita de todos los días, «como está Aurora?...» a las diez, riiin... riiin, «como sigue Aurora?...» A las... Y le llaman a eso una magnífica invención!

AUR. ¡Hombre! es natural que... (Sonriéndose.)

CARL. Como si Pozuelo estuviera tan lejos!

AUR. Ya empiezas a criticar á papá? Mira que voy a enfadarme.

CARL. Una suegra con la que se tiene la desgracia de vivir o que viene a verle a uno todos los días, es algo concreto... material y corpóreo... de una realidad positiva... es un enemigo con el que se puede combatir, pero un suegro que vive lejos y que telefonéa veinte veces por día es un fantasma... una sombra... un espectro que no se deja cojer... que se le escapa a uno de entre las manos. . es en una palabra...

AUR. En una palabra... eres insoportable, y me arrepiento de haberme casado contigo. (Váse por la derecha.)

CARL. (Deteniéndose de pronto dolorido y melancólico.) Cárlos, empieza a nublarse tu luna de miel! Hay que impedirlo a todo trance. (Se vá por la derecha.)

ESCENA II

ROSA y JUAN por el foro, Juan tendrá poco más o menos la edad de Carlos. Su aspecto es menos elegante que el de éste y sus modales no son ni tan finos ni desembarazados. Lleva debajo del brazo una gran fotografía envuelta en un papel de periódico.)

ROSA. (Detrás de él.) Me hace usted el favor de su tarjeta?

JUAN. No las gasto... Dígale usted que está aquí Juan... su camarada de colegio.

ROSA. Está muy bien señorito. (Váse derecha.)

JUAN. ¡Que muchacha tan fina. (Desenvuelve la fotografía.) Donde pondré esto? ¡Ah! aquí sobre el piano. No está mal mi casita de Getafe. (A Cárlos que acaba de entrar.) ¡Ah! eres tu?

ESCENA III

JUAN y CARLOS

CARL. Así parece. ¡Ven a mis brazos mal sujeto. (Se abrazan.) Tanto tiempo sin verte.

JUAN. Si... Sabes que vives con mucho lujo?... Me alegro!... me alegro mucho!

CARL. Siéntate y enciende este habano... Soberbia marca, ¿eh? (Le ofrece la caja de cigarros.)

JUAN. (Sentándose.) Ya sabes que no fumo.

CARL. Tomarás entonces una copita de cognac.

JUAN. No bebo.

CARL. No fumas... no bebes... ¡chico! tu te has casado!

JUAN. Yo!... ¡Nunca! Soy vegetariano.

CARL. ¡Tiene gracia! (Riéndose.)

JUAN. Yo no soy como tu, un tenorio que no perdona ni a casadas ni a solteras.

CARL. (Levantándose y yendo a cerrar la puerta de la derecha.) ¡Chico!... cállate! No te vaya à oir mi mujer.

JUAN Ah! pero te has casado?

CARL. Hará unos meses.

JUAN. Con que casado?... Que lástima!

CARL. No se porqué... Mi mujer es muy bonita y no tengo suegra... El paraiso sin la serpiente.

JUAN. Entonces, te felicito. (Le da un apretón de manos.)

CARL. No, porque hay un suegro de por medio, cuya ternura empalagosa con mi mujer me crispa los nervios.

JUAN. Entonces te doy el pésame. (Le da otro apretòn de manos.)

CARL. Por dicha, vive en Pozuelo.

JUAN. Entonces...

CARL. No; no te apresures a felicitarme de nuevo... Tú no puedes imaginarte lo que es esa maldita invención del teléfono. Calcula, mi cariñosísimo suegro telefonéa todos los días lo menos veinte veces desde Pozuelo. (Consultando su reloj.) No tardará en hacerlo, por-

que eso si, mi suegro es la puntualidad personificada. (Suena el timbre del teléfono.) Has visto? (Coje el aparato telefónico.) Si, soy yo... Cárlos. ¡Buenos días, papá... si... Aurora está muy bien... Cómo? No, no venga usted, nos vamos... estaremos fuera unas semanas... Si, á nuestra casa de campo... Naturalmente... escribiremos. . todos los días... ¡Adiós! Señorita, he terminado.

JUAN. Tienes una casa de campo?

CARL. Así lo cree mi suegro. Fué un ardid para pagar mis deudas de juego. Le dije que había una en los alrededores de Madrid...

JUAN. Y el viejo?

CARL. Aflojó en el acto cuarenta mil pesetas. Todos los días me pregunta per teléfono como marchan los rosales, cuantos huevos ponen las gallinas...

JUAN. ¿Y no temes que un día?...

CARL. Venga a Madrid? Cá! es muy comodón y está gotoso.

JUAN. Y tu mujer?

CARL. Como que no sabe que mis deudas provienen de mis trapicheos amorosos y me quiere tanto, me ayuda a engañar a su padre... ¡Oh! mi mujer es un ángel y nuestra casa sería realmente un paraíso, sino se proyectara sobre ella la sombra fatídica de mi suegro... Conque, Juan, créeme, cásate.

JUAN. (Riéndose.) Sí, pero con una hospiciana...

CARL. Miel sobre hojuelas.

JUAN. Casualmente venía a verte... para eso del casorio.

CARL. Tu?

JUAN. Tengo una tía que vive en Zaragoza y a la que yo debo heredar...

CARL. Te felicito. (Dándole un apretón de manos.)

JUAN. Sí, pero con la condición de que debo anunciarle mi matrimonio en el plazo de un año.

CARL. Y no te has casado. Y tu herencia se la va a llevar la trampa. Te doy el pésame. (Le da un apretón de manos.)

JUAN. Espera. Para no perder la herencia, le he

escrito a mi tía que me había casado... Y no es verdad... y ella viene mañana... ¡Calcula tu mi apuro!

CARL. (Riéndose.) Es una situación deliciosamente cómica.

JUAN. Como lo sería si viniese tu suegro y quisiera ver la casa de campo que has comprado.

CARL. No digas eso, sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta.

JUAN. Como que yo no sabía que estabas casado venía a pedirte que me ayudaras en este trance tan crítico.

CARL. Y cómo?

JUAN. Prestándome por unos días una de las muchas mujeres que traias al retortero...

CARL. Para qué?

JUAN. Para presentársela a mi tía como si fuera mi mujer.

CARL. Antes si, hubiera podido sacarte de tu apuro, pero lo que es ahora... (Golpeándose la frente de pronto.) Hombre! tienes suerte. (Sacando de un cajón de la mesa de escribir un sobre de color de rosa.) Hace dos días que me escribió Adda Franquini, la cupletista esa...

JUAN. Una de tus antiguas...

CARL. Si... la última si no me equivoco... Dále las mil pesetas que me pide y consentirá en ser tu mujer por todo el tiempo que quieras... Casualmente todas estas cosas las sabe hacer muy bien.

JUAN. Crees que podré presentarla como mi mujer?

CARL. Si, es muy distinguida... Claro está que las mil pesetas no te las devolvérá nunca.

JUAN. Bueno, me casaré con ella por una semana... Dáme una carta de presentación.

CARL. (Le dá la carta.) Dále las mil pesetas que serán para ella la mejor presentación. Toma su carta, ahí están sus señas.

JUAN. Te lo agradezco mucho.

CARL. No sabes lo que me complace el poder servirte.

JUAN. Adiós! Pónme a los piés de tu mujer, aun-

que no tengo el gusto de conocerla... ¡Adiós! (Vase por el foro.)

CARL. ¡Anda con Dios! y saluda de mi parte...

JUAN. A la Franquini?

CARL. No, a tu tía de Zaragoza. ¡Ja, ja, ja! (Volviendo de despedirle de la puerta del foro.)

ESCENA IV

CARLOS y AURORA que entra por la derecha.

AUR. ¡Hombre! me alegro de encontrarte de tan buen humor.

CARL. Si... acaba de irse un antiguo amigo mío... el cual, ¡ja, ja, ja! le ha hecho creer a una tía suya que tiene en Zaragoza que se ha casado... y ahora viene la tía y va a cogerle en el embuste... Imagínate tu si estará el hombre apurado... ja, ja, ja!

AUR. Ha telefoneado mi papá?

CARL. Lo menos tres veces.

AUR. ¿No ves que le he dicho que nos iríamos a pasar los días de tu licencia a nuestra casa de campo?

CARL. ¡Qué buena eres!

AUR. Me quieres?

CARL. Eso es poco. ¡Te idolatro! (La besa.)

ESCENA V

Dichos y DON AUGUSTO por el foro cargado con sus efectos de viaje.

D. AUG. Bravo! Así me gusta.

CARL. (Pues a mi no. ¡Dios mío!)

AUR. Papá! (Abrazándole.)

D. AUG. Y tu Cárlos, no quieres abrazarme?

CARL. ¡Con mucho gusto, papá!

D. AUG. Como que te veo así...

CARL. La alegría... la gran alegría.

AUR. ¡Qué sorpresa!

CARL. Como que me he quedado sin palabra.

D. AUG. Así las gasto yo... Verdad que estáis contentos?

AUR. Ya lo creo, papá.

CARL. Mucho! Oh! mucho. (Pero hombre! para cuando guardarán los choques!)

AUR. Pero ahora recuerdo que acabas de telefonear.

D. AUG. Si. Desde el restaurant de la esquina.

CARL. (Que gracioso, eh?) Pero, y la gota?

D. AUG. ¡Ni gota! Si quieres tu puedo bailar un cake-val. (*Se póne a bailar.*) Dime Cárlos, has conseguido ya la licencia?

AUR. Si, y por desgracia, demasiado pronto.

CARL. Nosotros no queríamos salir hasta Agosto.

D. AUG. También en Junio es el campo muy hermoso.

CARL. El campo?

D. AUG. Claro! Supongo que vuestra quinta no estará en la Puerta del Sol.

CARL. Pero ahora que ha venido usted sería muy poco delicado por nuestra parte... ¡Oh! no, de ninguna manera.

AUR. Resueltamente nos quedamos en Madrid.

D. AUG. Yo despacharé mis asuntos lo más pronto posible y en dos o tres días me reuniré a vosotros.

CARL. (Si, pues vamos a divertirnos.) Papá, me temo que va usted a sufrir un desengaño... el campo es... el campo.

AUR. Aquí se puede ir al teatro, al café, al cine...

CARL. Al paso que en el campo...

AUR. No hay más que polvo, mosquitos...

CARL. No papá, no es para usted... Una especie de páramo... Cuestas muy empinadas...

D. AUG. ¡Magnífico! A mi me gusta mucho subir las cuestas... No hay nada más saludable.

CARL. Las habitaciones son muy húmedas...

AUR. El jardín está muy descuidado...

D. AUG. (*A Cárlos.*) Pues entonces, que casa de campo has comprado? Antes me la habías pintado con otros colores.

CARL. Yo no digo que para pasar nada más que los domingos...

AUR. Como que está en manos extrañas...

D. AUG. Ya verás que pronto pongo yo orden en ella.

AUR. Pero, quieres ir allí de veras, papá?

D. AUG. Tan pronto como pueda. (Viendo la fotografía que está sobre el piano se pone a examinarla atentamente.)

CARL. Qué hacemos? (A Aurora en voz baja.)

AUR. Confesárselo todo. (A Cárlos lo mismo.)

CARL. Díselo tú.

AUR. No, tú.

CARL. Tú.

D. AUG. Pues no me parece tan mala vuestra casa de campo... Creo que me gustará...

AUR. La has visto acaso?

D. AUG. No es ésta? (Enseñándoles la fotografía.)

CARL. Esta? (Cogiéndola.) (En voz baja a Aurora.) Pero, quién ha traído aquí esta fotografía?

AUR. (Lo mismo poniéndola otra vez sobre el piano.) No lo sé. Parece cosa de brujería.

D. AUG. Qué cosa más rara! No parece sino que veis hoy esa fotografía por la primera vez.

CARL. No, no lo crea usted... ¿Verdad, Aurora?

AUR. Que cosas se te ocurren, papá!

D. AUG. Bueno, dejemos eso. Ya sabéis que me marcho con vosotros. (Consultando su reloj.) Yo me voy ahora a casa de mi abogado... Me temo que ese tunante no me dice la verdad y yo soy inexorable con los que me engañan.

CARL. Dios mío!

D. AUG. ¿Que tienes? Te duele algo?

CARL. La cabeza.

D. AUG. Antipirina.

CARL. Papá, yo creo que en la vida hay ciertas circunstancias... en que un pequeño engaño es escusable.

D. AUG. ¡Nunca! lo oyes? Nunca!

CARL. Dios mío!

D. AUG. Te aumenta? ¡Nada! Al campo. ¡Este Madrid! ¿A que hora se come en esta casa?

AUR. A la una.

D. AUG. Está bien. Seré puntual. Ahora a casa de mi abogado, después a la mesa y más tarde a vuestra quinta. . Os advierto que me gusta enormemente... ¡Hasta la vista hijos mios!

ESCENA VI

CARLOS y AURORA.

CARL. (Manoteando) Aurora, ya lo has oido... Que es inexorable con los que le engañan... Debíamos habérselo dicho todo.

AUR. Por ahora más vale callar.

CARL. Y después?... Pero, ¿quien habrá traido aquí esa maldita fotografía?

AUR. Quizás tu amigo, el que ha de heredar a su tía

CARL. ¡Tienes razón! ¡Aurora, nos hemos salvado!

AUR. Porqué?

CARL. ¿No lo comprendes, mujer? Nos puede prestar su casa por tres o cuatro días... Mira, me siento tan dichoso que quisiera abrazar a todo el mundo.

AUR. Pues empieza por mí.

CARL. Con mucho gusto. (La abraza.)

AUR. Me sabe a poco. (La vuelve a abrazar.)

CARL. (Desprendiéndose de pronto de los brazos de Aurora.) Pero ahora me acuerdo de qüe... Juan no volverá más aquí.

AUR. Sal en su busca.

CARL. Ya debe haber regresado a su posesión.

AUR. Pues telefonéale enseguida.

CARL. Quizás esté aún en casa de la Franquini.

AUR. Quien es esa mujer?

CARL. He dicho la Franquini? No hagas caso... Estoy tan transtornado... Quise decir de Farcóni, su agente de negocios... Voy a ver si le encuentro allí. (Se dispone á salir.)

ESCENA VII

Dichos y ROSA, que entra por el fsro. Luego JUAN.

ROSA. Don Juan...

CARL. ¡El! ¡Es él! (Muy alegre, corre hacia la puerta.) Entra Juan! (Aurora al verle se ha alejado un poco.)

JUAN. Vengo de allí, ¿sabes?... No estaba la Franquini.

CARL. ¡Hem! ¡Hem!... Te voy a presentar a mi mujer... mi antiguo amigo Juan...

JUAN. ¡Oh! dispénseme usted señora... no la había visto.. no sabía...

AUR. Mi marido me lo ha contado todo.

CARL. (Bajo a Juan.) Que ha pasado con la Franquini?

JUAN. Está de viaje. (Desesperado.)

CARL. De viaje? No importa. Me alegro de que hayas venido.

AUR. Mi marido en este momento iba a salir á buscarle.

JUAN. ¿Me has encontrado ya mujer?

CARL. No, pero tengo que pedirte un favor.

AUR. Sí, podemos ayudarnos los unos a los otros.

CARL. Mi suegro ácaba de llegar... Y quiere que hoy mismo nos vayamos a nuestra casa de campo de Getafe.

AUR. Que por desgracia no existe.

CARL. Ha visto la fotografía que te has dejado encima del piano y cree que es la de nuestra quinta.

JUAN. Ya sabes que siendo mía es como si fuera vuestra.

CARL. Pues tienes que prestárnosla por tres o cuatro días hasta que se vaya mi suegro.

JUAN. Con mucho gusto, pero que voy a decirle a mi tía?

CARL. Es verdad, hay que buscar a todo trance a una mujer que quiera representar el papel de tu esposa.

AUR. No conoce usted a ninguna?

JUAN. A ninguna... Por eso me dirijí a Cárlos.

CARL. ¡Hem! ¡Hem!

AUR. A mi marido? Y por qué?

CARL. Porque... calcula que se le ha ocurrido la mala idea de que tu figuraras como su mujer.

AUR. Pues ha tenido una magnífica idea.

CARL. ¿Cómo?

JUAN. ¿Qué?

AUR. ¡Favor por favor! Si él nos presta su quinta, ¿porqué no has de prestarle tú tu mujer?

JUAN. Señora, ¡es usted un ángel! (Le besa la mano.)

CARL. ¡De ninguna manera! Una casa de campo puede prestarse, pero una mujer, no!

JUAN. Solo por tres días. Después te la devolveré intacta, te lo aseguro!

CARL. ¡He dicho que no!

AUR. Tienes celos?

CARL. Yo?... de Juan? Es completamente inofensivo.

JUAN. Soy vegetariano... por eso nunca he tenido el valor...

CARL. De apechugar con la carne.

AUR. Y la tía?

JUAN. Llega mañana, sólo para conocer a mi mujer.

AUR. (A Carlos.) No podemos dejar a tu amigo en el atolladero.

JUAN. Es lo que digo yo.

CARL. Ya he dicho que no me presto á eso, de ningún modo.

AUR. Carlos; confiesa que tienes miedo.

CARL. Yo? Que ridiculez!

JUAN. Entonces, consiente.

CARL. Bueno, pero únicamente delante de la tía... Y yo seré el dueño de tu casa de campo...

JUAN. Pero solamente delante de tu suegro.

CARL. Ya ves en que situación más ambigua me colocas por no haberte casado.

ESCENA IX

Dichos y D. AUGUSTO.

JUAN. (A Aurora besándole la mano.) Señora, es usted un ángel. ¡La estoy a usted tan agradecido! (La besa la mano) ¡Agradecidísimo! (Se la besa otra vez.)

D. AUG. (Por el foro.) ¡Acabe usted de una vez!

AUR. Como? ¿Ya estás de regreso?

D. AUG. Sí... (Mirando a Juan.) pero parece que no he sido muy oportuno.

AUR. Al contrario papá. (Hablando con Juan en voz baja.)

D. AUG. ¿Quien es ese hombre? (A Carlos.)
CARL. Voy a presentarles a ustedes... Juan del Olmo, antiguo compañero de colegio... D. Augusto Medina, mi padre político.
D. AUG. Mucho gusto...
JUAN. Lo mismo digo.
CARL. (A D. Augusto.) ¿Ya ha terminado usted sus asuntos?
D. AUG. No del todo... Espero un aviso de mi abogado.
JUAN. Señora, no quiero estorbarles más.
AUR. Se vá usted?
JUAN. Sí... me voy a Villa Esperanza.
D. AUG. No es ese el nombre de vuestra casa de campo?
CARL. Sí, Juan es el administrador... nuestro administrador.
D. AUG. Ah, usted es el tan... celebrado administrador?
JUAN. El mismo, caballero.
D. AUG. Parece ser que mi yerno no está muy satisfecho...
CARL. ¿Yo, papá?
D. AUG. Sí, por lo visto no se ocupa usted mucho de la finca... los cuartos están en pésimo estado... el jardín sin una planta...
JUAN. Pero Carlos! tu has dicho?...
D. AUG. ¡Cómo! ¿Se tutea usted con mi yerno?
CARL. Sí, papá, somos amigos.
D. AUG. ¡Ahora me lo explico todo! Con sus subordinados nunca debe uno tutearse.
JUAN. No creo que merezca tantas reconvenciones... (Cojiendo la fotografía y enseñándola.) Y si no, por la muestra puede usted ver el estado floreciente de mi quinta.
D. AUG. ¿De su quinta?
JUAN. Quiero decir de la quinta de Cárlos.
D. AUG. Pronto lo veremos. . Aurora, me quisiera lavar las manos antes de ir a la mesa.
AUR. (Abriendo la puerta de la izquierda.) Allí encontrarás todo lo que te haga falta, papá. (D. Augusto se vá por la izquierda.)

ESCENA X

Dichos, menos D. AUGUSTO.

CARL. ¡No! No aguanto más esto... No quiero seguir representando más esta comedia... Mi suegro me crispa los nervios.

JUAN. Y a mi también. Es un hombre muy antipático... Dispénseme usted, señora.

AUR. Si al menos encontráramos un medio para que no viniera a Villa Esperanza.

CARL. Ya tengo uno... Hacerle volver a Pozuelo.

AUR. ¿De dónde acaba de venir?

JUAN. Pero, ¿cómo?

CARL. Hay que inventar uno... Voy al restaurant y desde allí voy a telefonear como hace papá.

JUAN. ¡Magnífica idea! Anda enseguida.

CARL. Voy.

ESCENA IX

Dichos, menos CARLOS, después D. AUGUSTO.

AUR. Me parece muy bien pensado... Papá se irá y nos quedaremos libres para representar nuestra comedia delante de su tía.

JUAN. ¡Que buena es usted señora! (La besa la mano.)

D. AUG. (Entrando por la izquierda.) Diga usted señor administrador. ¿no tiene usted nada más que hacer?

JUAN. Por ahora, no señor. (Llaman al teléfono.) Hablan con usted don Augusto.

D. AUG. Y como sabe usted que hablan conmigo?

JUAN. Pues porque el aparato está acostumbrado a usted.

D. AUG. (Yendo al aparato.) ¡Cómo! no entiendo bien... un robo con fractura... en mi casa... que lo han robado todo... que mi presencia es necesaria... ¿con quién hablo?

JUAN. Debe ser el comisario de policía.

D. AUG. No se mezcle usted para nada en mis asuntos... Oye Aurora, esta noche me han robado.

AUR. Entonces tendrás que volverte a Pozuelo.

D. AUG. Enseguida... (Consultando su reloj.) Aún llego a tiempo para el rápido.

AUR. No pierdas tiempo, papá.

D. AUG. ¡Vivo! Mi manta. ¡Mi maleta! Vaya usted a buscarme un coche.

JUAN. Con mucho gusto. (Soy capaz de hacerlo todo con tal de que se vaya.)

D. AUG. Que lástima! ¡Y yo que pensaba divertirme tanto en Villa Esperanza! Ya que no puedo ir, me llevaré al menos la fotografía.

JUAN. Todo, todo lo que usted quiera. (Con tal de que se vaya.)

ESCENA XII

Dichos y CARLOS por el foro.

CARL. ¡Cómo! ¿Se va usted papá? ¡No lo permito!

JUAN. No vayas a retenerle ahora.

D. AUG. Tengo que irme... Aurora te lo contará todo... ¡Adiós! (Abraza a Aurora.) ¡Adiós! (Abraza a Cárlos.) ¡Hasta la vista! (En su precipitación abraza también a Juan, pero al notarlo le dá un empujón) ¡Ande usted deprisa! Lleve usted mi maleta, mi manta. ¡Adiós hijos, adiós! (Se va por el foro. Juan le sigue cargado con sus efectos de viaje.)

AUR. ¡Adiós, papá!

CARL. ¡Feliz viaje! (Se abrazan los dos lanzando una carcajada.)

D. AUG. ¡Cuidado con llorar! (Volviendo. Carlos y Aurora sacan sus pañuelos y finjen que sollozan.) Volveré pronto y pasaré cuatro semanas en Villa Esperanza. (Carlos y Aurora vuelven a sollozar fuertemente.)

CARL. Eso es demasiado.

AUR. No consentimos en semejante sacrificio.

JUAN. (Volviendo.) Corra usted papá suegro que se vá el tren.

D. AUG. ¡Adiós, hijos mios! volveré muy pronto. ¡Ya vereis cuanto vamos a divertirnos! (Sale precipitadamente por el foro precedido por Juan. Aurora y Carlos se miran aterrados.)

TELÓN.



ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala baja en la casa de Juan en Getafe. Al foro centro, una gran terraza a la que conducen unos cuantos escalones, y por donde se vé el jardín. Al foro izquierda puerta que dá al vestíbulo de la habitación de Cárlos. A la derecha primer término la puerta del cuarto reservado para Catalina. A la izquierda primer término la puerta de la habitación de Juan. En el centro una mesa preparada para una merienda; sillas, butacas, etc. Mueblaje de campo. A la izquierda primer término, cerca de la puerta, un biombo.

ESCENA PRIMERA

JUAN y CARLOS.

Al alzarse el telón, Juan aparece sentado en torno de la mesa y anota en el puño de su camisa frases de un libro que tiene ante si. En aquel momento entra Cárlos por el foro izquierda.

CARL. No ha vuelto aun mi mujer?

JUAN. No. «Cupido ha flechado mi corazón.» (Escribiendo.)

CARL. Qué haces ahí?

JUAN. Cópio frases amorosas.

CARL. De un libro? ¡Vamos! Método Ollendorf.

JUAN. Te parezco ridículo, ¿no es cierto? Tu eres un galanteador audaz y práctico, pero yo... yo con las mujeres no soy más que un doctrino. Sin embargo con este libro me atrevo a competir contigo.

CARL. Qué libro es? (Lo coje y lee el título.) «El Consejero de los enamorados». Pero oye tú, estás enamorado acaso?

JUAN. No, pero sin este libro no podría decirle ninguna terneza a tu mujer.

CARL. Ni falta que hace.

JUAN. Pero delante de la tía tengo que decirla algo de lo que los maridos acostumbran decirles a sus mujeres, por ejemplo: (Leyendo en el libro.) «Qué bonita eres! Qué bien te sienta ese traje!»

CARL. Hombre, sabes que no está mal eso?

JUAN. ¡Oh! en este libro hay frases magníficas. (Leyendo en el puño de su camisa.) Oye esta: «Mi amor es un pájaro que quiere hacer su nido en el fondo de su corazón.»

CARL. Las escribes en el puño de la camisa?

JUAN. Si, para tenerlas más a mano... Ya verás cuando venga mi mujer.

CARL. Mi mujer!

JUAN. La diré: (Consultando el puño.) «Eres un ángel.»

CARL. Un marido no le dice eso nunca a su mujer. La conoce demasiado!

JUAN. Pues la tía está para llegar y yo todavía no he ensayado mi papel...

CARL. La Franquini te hubiera servido mejor para eso... y para otras cosas.

JUAN. Pero como se ha ido no tengo más remedio que suplirla con tu mujer.

CARL. Según en que sentido... ¡Créeme que estoy que cojo el cielo con las manos!

JUAN. No se porqué... has logrado alejar a tu suegro...

CARL. Pero ahora hay que alejar a tu tía haciéndole insoportable su estancia en mi casa.

JUAN. ¡En la mía!

CARL. No debe estar aquí más que veinticuatro horas.

JUAN. Qué vas a hacer?

CARL. ¡Huele! (Sacando el frasco del bolsillo.)

JUAN. ¡Uf! Qué es eso?

CARL. Acido fénico.

JUAN. La quieres envenenar? (Aterrado.)

CARL. No, hombre! Con esta esencia tan grata he rociado toda su cama.

JUAN. Para que eche a correr, ¿no es eso?

CARL. He aserrado la cama por en medio, calcula tu el efecto cuando oiga el crujido y se encuentre de repente en el suelo.

JUAN. ¡Magnífico! ¡Soberbio! Tienes un talento atroz.

CARL. Aún no he terminado.

JUAN. Pero entonces, tu quieres que me desherede.

CARL. Y que importa, con tal de que se marche enseguida. Yo no te presto mi mujer más que por veinticuatro horas, y eso de día.

JUAN. ¡Veinticuatro horas! Si al menos fuesen un día y una noche.

CARL. ¡Nunca! Al llegar la noche vuelve a ser mía, pase lo que pase.

ESCENA II

Dichos y AURORA (por la terraza.) (Lleva un gran sombrero de paja, una sombrilla de tonos claros y un ramo de flores silvestres en la mano.)

CARL. Gracias a Dios.

JUAN. Ya está ahí nuestra mujer.

AUR. Juan, su quinta de usted me gusta mucho.

JUAN. Me alegro lo que no puede usted imaginarse.

CARL. Me has tenido una hora alejado de tu presencia.

AUR. Como dueña de Villa Esperanza he querido conocerla bien, verdad que si maridito? (Dirigiéndose a Juan.)

JUAN. Si, mujercita mía.

CARL. ¡Mira, Aurora, que no voy a tener paciencia!

AUR. (A Juan.) Y debes tutearme como hacen todos los maridos a sus mujeres, estás?

JUAN. Es que no me atrevo.

CARL. ¡Juan, guárdate muy bien!

AUR. No está de más que ensayemos nuestro papel... un pequeño descuido podría comprometernos.

JUAN. Es cierto, cuando usted... cuando tu quieras.

ESCENA III

Dichos y COSME, que entra por el foro con una caja en la mano.

COSME. ¿Se puede?

CARL. ¡Ah! si, ¿traes todo eso?

COSME. Si... aquí dentro. (*Señalando la caja.*)

CARL. Ya sabes donde tienes que dejarlo. No, dámelo, mejor será que yo lo haga.

AUR. Qué es eso?

CARL. Un remedio contra las tías entrometidas. (*Se mete con la caja en la habitación de la derecha.*)

COSME. (*Sacando del bolsillo un telegrama y entregándoselo a Juan.*) Me han dado ésto para usted.

JUAN. Un telegrama! Por qué no me lo has entregado enseguida?

COSME. Porque el señorito me ha mandado al campo... a que cojiera una rana.

AUR. Una rana?

JUAN. Para qué?

COSMN. No sé... Y caracoles y una docena de grillos y un sapo...

JUAN. Se va a dedicar Cárlos a naturalista?

AUR. Pero, lea usted el telegrama.

JUAN. ¡Ah! si... Es la tía... Llega hoy en el expréss de las seis...

AUR. Si, pues ya es la hora. (*Cárlos en este momento sale de la habitación derecha.*)

JUAN. ¡Pronto! El coche! Vamos a llegar tarde. (*Cosme sale corriendo.*)

ESCENA IV

Dichos, menos COSME.

AUR. Oye, Cárlos, ha llegado un telegrama de la tía de Juan.

JUAN. Dentro de un cuarto de hora está aquí.

CARL. Ya puede venir... Estoy preparado.

JUAN. Tú si, pero yo no. Tengo el presentimiento de que se va a descubrir todo.

AUR. ¿Por qué, si tiene usted una mujer que sabrá desempeñar perfectamente su papel?

JUAN. Es cierto, tengo una mujer!

CARL. Mi mujer!

JUAN. Nuestra mujer! Al menos por poco tiempo.

CARL. De eso ya me cuido yo... Pero hombre, no vas a recibirla? Entretanto le diré a mi mujer la conducta que tiene que observar.

JUAN. Yo creo que tu... mi... nuestra mujer debía venir conmigo a la estación.

CARL. Vé tú solo.

JUAN. Solo? De seguro que diré alguna tontería. Y si voy sin tu... mi... nuestra mujer, ¿que va a pensar la tía?

AUR. Juan tiene razón. Debo ir con él.

CARL. Ahora se me ocurre una idea. Tu tía preguntará quien soy yo. ¿Que la decimos?

JUAN. Eso es, que la decimos?

AUR. Muy sencillo. Para papá es usted nuestro administrador y para la tía lo serás tú.

JUAN. ¡Muy bien! Ya lo sabes. Tú eres nuestro administrador.

CARL. ¡Qué disparate! Yo no entiendo ni una palabra de agricultura.

AUR. ¡Hombre! Es un favor que le haces a tu amigo.

ESCENA V

Dichos, y BENITO por el foro.

BEN. Ya está enganchado el coche.

AUR. Pues no perdamos tiempo.

JUAN. Oye, Benito... vamos a recibir a mi tía... ya sabes, todo el tiempo que ella esté aquí, la señorita Aurora será mi mujer y el señorito Cárlos mi administrador, me entiendes?

BEN. (Sonriendo socarronamente.) Descuide el señorito... no tengo yo pelo de tonto.

CARL. Qué van a pensar los criados?

AUR. Nada. (A Cárlos,) Delante de la tía, tú debes mantenerte siempre alejado de nosotros. (A Juan.) ¿No es verdad, maridito mío?

JUAN. Si, mujercita mía.

AUR. ¡Adiós, señor administrador! (Yéndose.)

JUAN. ¡Adiós, hombre!... y no pongas esa cara.

CARL. ¡Vete al diablo! (No pudiendo contener su cólera.)

AUR. (Riéndose.) No, al diablo vamos a buscarle ahora. (Juan y Aurora vánse por el foro.)

ESCENA VI

CARLOS y BENITO.

CARL. ¡Es inaudito lo que me pasa a mí! Los dos se marchan tan alegres y tan campantes riéndose en mis propias narices!... Si estoy por... (Fijándose en Benito.) Ah! Estabas tú aquí?

BEN. No se enfade usted, señorito Cárlos... la tía no estará aquí mucho tiempo.

CARL. No, aunque tenga que convertirme en fantasma y visitar su cuarto a media noche.

BEN. Eso sería de un gran efecto, señorito.

CARL. Oye tú, ¿cuáles son las ocupaciones de un administrador?

BEN. Recorrer la hacienda a caballo todos los días... organizar, dirigir los cultivos... llevar las cuentas... ¡qué se yo!

CARL. Pues hijo, yo mucho menos.

ESCENA VII

Dichos, DON ATANASIO y su hija IRENE (entran por el foro.)

D. ATA. (Dirigiéndose a Cárlos.) ¿No está don Juan en casa?

CARL. No, señor, ha ido a recibir a una tía suya.

D. ATA. Con quien tengo el gusto de hablar?

CARL. Con un... con su administrador.

D. ATA. Cuanto siento...

IRENE. Pero, no le viste, papá?... Su coche se cruzó con el nuestro... iba con una señora.

CARL. Si... con mi... con una señora.

IRENE. ¡Joven y muy bonita!

CARL. Ya lo creo! ¡Muchas gracias!

IRENE. ¿Qué?...

D. ATA. Húm! No me gusta esto.

IRENE. Por cierto que iban los dos muy acaramelados.

CARL. ¿Si? (Ah, bribón! Ya le desencaramelaré!)

D. ATA. Pero, que le pasa a usted? (Húm! no me gusta.)

CARL. Nada!... Iba a decir... que no comprendo...

como se puede pasar al lado de una señorita tan linda como usted... sin fijarse en ella.

IRENE. ¡Muchas gracias!

D. ATA. (El administrador es de perlas. Se gustan! Se gustan!) Pero vamos a lo que veníamos... Nosotros somos los propietarios de Villa-Irene... Hacía muchos años que no veníamos por aquí...

IRENE. Pero de repente me acometió el capricho de respirar aire puro...

D. ATA. Cojimos nuestra maleta, y aquí a cien pasos de distancia nos tienen ustedes a su disposición.

IRENE. Hoy damos un Thé dansant y veníamos a invitar a don Juan... y a usted.

CARL. Muchas gracias, señorita, pero sé bailar muy poco.

D. ATA. Pero en cambio será usted excelentísimo agricultor.. Villa-Esperanza ha prosperado mucho desde que yo falto de aquí.

CARL. Se hace todo lo que se puede.

IRENE. Papá, no podemos entretenernos mucho.

D. ATA. Si, nos faltan aun algunos vecinos que invitar... Salude usted en nuestro nombre a don Juan.

IRENE. Y no dejen ustedes de venir esta noche. (Vánse los dos por el foro izquierda.)

CARL. Conque muy acaramelados, ¿eh? Ya se los diré yo de misas.

ESCENA VIII

CARLOS, CATALINA, AURORA y JUAN, (entran por la terraza seguidos de COSME y BENITO que vienen cargados con el saco, maleta y portamantas de Catalina, entrándolo todo en la habitación de la derecha.)

JUAN. ¡Tía, aquel es tu cuarto! (Señalándole la habitación de la derecha.)

AUR. Ya verá usted que bien va a estar a nuestro lado.

CAT. (Es una mujer de unos cuarenta años, el tipo genuino y verdadero de la mujer de la provincia de Zaragoza

que fluctua entre el pueblo y la clase media y a la que el dinero presta todavía mayor aplomo y acometividad, de verbo cálido y pintoresco, de ademanes resueltos y vivos, y que todo lo que tiene en el corazón lo tiene en la lengua. Habla siempre muy alto, se mueve descompasadamente y no puede sufrir en modo alguno que la contradigan.) Mujer, pero, háblame de tú! No soy acaso tu tía?

AUR. Haré todo lo posible.

CARL. Tenemos que hablar. (A Juan en voz baja.)

JUAN. Oye tu, nuestra mujer es un ángel.

CARL. Y tu un bribón. Ya nos veremos las caras. (Le pega un fuerte pisotón.)

JUAN. ¡Ay!

CAT. Que tienes hijo?

JUAN. Yo, nada.

CAT. ¡Pues te has quejado!

AUR. Has dicho ¡ay!

JUAN. La alegría... la satisfacción...

CAT. ¡Pobretico! (A Aurora en voz baja.) Quién es ese hombre que hablaba hace poco con tu marido y que tiene cara de palomino atontao? (Por Cárlos.)

AUR. Ese?... Ese?...

CAT. ¡Claro! no veo que haya aquí otro.

AUR. Ese... es nuestro administrador.

CAT. ¡Anda, anda! Conque ahora te permites el lujo de un administrador? Antes no necesitabas a nadie... lo hacias tu todo.

JUAN. Antes sí tía... pero ahora es completamente distinto.

CAT. Tonta de mí que no había reparao en ello!... Es natural!... Cuando uno se casa tan joven no piensa más que en besarse... en acariciarse.

CARL. (¡Un demonio!)

CAT. Pero bien dicen que el amor es ciego. Tu me escribiste que tu mujer era rubia y tiene el cabello más negro que las moras.

JUAN. Tía yo no se a que atribuirlo, pero es el caso que desde que nos hemos casado se le ha ido obscureciendo poco a poco.

CAT. Mira tu que cosa más rara! La verdad es,

picarín que has tenido mucho gusto... Ven aquí, que te vea yo bien.

AUR. Sí, tía.

CAT. Tú Rosario es muy guapa. (A Juan.)

AUR. Rosario?

JUAN. Qué Rosario?

CAT. ¡Otra! No me has dicho en todas tus cartas, que se llama así tu mujer?

JUAN. Yo... si... es verdad. (A Cárlos en voz baja.) Como se llama tu mujer?

CARL. Aurora. (Lo mismo.)

JUAN. Te explicaré... Mi mujer se llama Aurora, Rosario, y como a mi me gusta más éste último nombre, te lo dije en todas mis cartas. (Durante éste dialogo Benito y Cosme ponen la mesa y sirven la merienda.)

AUR. Venga usted aquí tía... es un refregerio campestre.

JUAN. Y que el viaje te debe de haber abierto mucho apetito. (Se sienta a la mesa y Cárlos también.)

CAT. Sí, y que me comería un cordero.

JUAN. Así me gusta.

CAT. Pero oye Juan, el administrador come también a la mesa?

JUAN. Sí, es como si fuese de la familia...

CAT. En Zaragoza...

JUAN. (Con precipitación.) Sí, sí; hablemos de Zaragoza.

CAT. No, hablemos de Villa-Esperanza. Pienso pasar aquí unas tres semanas.

CARL. ¡Como! ¿Tres semanas?

CAT. ¿Que dice tu administrador?

JUAN. Que le parece muy poco tres semanas...

AUR. Pues quédate cuatro... será un mes redondo.

CAT. Sí, pero ni una hora más.

CARL. (Ya te guardarás bien de ello.) (Pausa breve.)

CAT. Anda Juan, cuéntame como os conocisteis tu y Aurora...

JUAN. Fué una verdadera casualidad... Yo encontré a mi mujer... es decir, entonces no era mi mujer... ella me encontró a mí... nosotros nos encontramos...

CAT. ¿Dónde?

JUAN. En los patines... Era un invierno, naturalmente... Ella patinaba.

AUR. Yo patinaba.

JUAN. Los dos patinábamos.

CAT. ¿Y que más?

JUAN. De repente, tropecé con un pedazo de hielo. Y me caí...

AUR. Y se cayó... a mis piés.

JUAN. Es cierto. Yo me postré de rodillas ante mi mujer, es decir, entonces no era mi mujer y la dije: «Es usted la criatura más encantadora que existe en el universo. Quisiera ser un pájaro para hacer un nido en su corazón.»

AUR. Yo le dí entonces la mano

JUAN. Yo la abracé y así empezaron nuestros desposorios.

CAT. Y eres feliz?

JUAN. Muy feliz.

CAT. No sé, no sé. Pero me parece que te muestras muy frío en mi presencia. Andad, besaos, abrazaos.

CARL. ¡Si la abrazas, te extrangulo! (A Juan en voz baja.)

CAT. No la has dado delante de mi ningún beso, ningún abrazo.

CARL. ¡Te lo prohibo terminantemente! (Bajo a Juan.)

CAT. ¡No os dé vergüenza!... Yo ya sé lo que son esas cosas...

CARL. Mira que lo voy a echar todo a rodar. (Lo mismo.)

CAT. (A Cárlos.) Vamos a dejarlos solos... Nuestra presencia les cohibe. ¿no es verdad, hijos míos?

CARL (A Aurora en voz baja.) No quiero que te quedes sola con él, ¿lo oyes? (A Catalina dejándola pasar.) Señora, usted primero. (Volviendo a hablar en voz baja a Aurora.) Si te quedas sola con él, no respondo de nada.

CAT. (Fijándose en los dos.) Se me figura que he llegado a tiempo. (A Juan.) El administrador no se despega de tu mujer... No me gusta... ¿No eres celoso?

JUAN. En absoluto.

CAT. No lo comprendo, con una mujer tan guapa como tienes... ¡Claro! tu indiferencia le envalentona para hacerle la corte a tu mujer.

JUAN. Cárlos me inspira la más absoluta confianza...

CAT. A mi no, no seas pánfilo... Un marido necesita cien ojos y son pocos todavía. Vamos... (A Cárlos.) Supongo que no querrá usted llevar más la cesta...

CARL. Yo?... señora!

CAT. Quiero que también me enseñe usted la quinta.

JUAN. Ya te acompañaré yo, tía.

CARL. No creo que sea para usted un espectáculo muy agradable... Y luego, el olor del establo, de la cuadra...

CAT. Precisamente yo ódio todos los perfumes.

CARL. (¡Diablo!)

CAT. Y me gustan todos los olores fuertes.

CARL. Cuáles prefiere usted más?

CAT. El de la bencina, el ácido fénico.

CARL. (Pues señor, me he lucido.)

(Vánse foro izquierda.)

ESCENA IX

AURORA y JUAN.

JUAN. Ya lo oye usted, le gusta la peste del ácido fénico.

AUR. Hay que buscar otro medio... para alejarla de aquí...

JUAN. Si hubiera aquí teléfono, haríamos con la tía lo que hicimos con su papá de usted en Madrid.

AUR. Pobre papá! Menudo susto le dimos.

JUAN. Me dispensa usted que la haya colocado en una situación tan falsa?

AUR. Si no fuera más que por mí, nada importaría.

ESCENA X

Dichos y DON AUGUSTO (con la maleta y el portamantas en la mano).

JUAN. (Besando la mano a Aurora) Es usted un ángel; que digo ¡un ángel! un arcángel! (Don Augusto avanza cautelosamente de puntillas sin ser observado por Juan ni Aurora.)

AUR. Si Cárlos no fuera tan celoso. ¿Qué supone un beso dado en la mano? Pues si él lo ve...

D. AUG. (A Juan.) Es capaz de echarle a usted por la ventana y hará muy bien.

AUR. Papá!

JUAN. Usted aquí?

D. AUG. ¿Estorbo?

JUAN. Yo le creía a usted en Pozuelo.

D. AUG. En cuanto llegué, supe que lo del robo era invención de algún bromista y me he apresurado a reunirme a ustedes.

AUR. Has hecho muy bien.

D. AUG. Quería darles una sorpresa. (Mirando a Juan muy significativamente.) Y por lo visto, lo he conseguido...

AUR. Has venido a pié desde la estación?

D. AUG. No he encontrado coche... vengo rendido... Pero a bien que me voy a estar aquí tres días bien descansadito.

JUAN. (¡Cielo santo!) ¡No sabe usted la satisfacción que me causa!

D. AUG. ¡Gracias! pero la satisfacción de usted me tiene sin cuidado. ¿Dónde vas a meterme, Aurorita?

AUR. No sé. Esta casa es tan chica.

JUAN. Mi cuarto está a su disposición. (Señalándole la habitación de la izquierda.) No vacile usted en aceptarlo. (Se dispone a abrirle la puerta.)

D. AUG. Por mí no se tome usted ningún género de molestia. No creo que esto entre en sus atribuciones de administrador.

JUAN. (Este hombre es un cardo. ¡Qué razón tiene Cárlos! Voy a decirle que abra mucho los ojos. (Váse foro izquierda.)

ESCENA XI

DON AUGUSTO y AURORA.

D. AUG. Debéis de despedirle. (Mirándole salir.)

AUR. ¿Por qué papá? ¿Qué te ha hecho?

D. AUG. Es un individuo sospechoso.

AUR. No lo creas. Juan es una excelente persona.

D. AUG. ¿Le defiendes? ¡Ten cuidado, Aurora! Ese hombre abusa de tu confianza... Noto entre vosotros una intimidad que no está bien entre una mujer casada y su administrador.

AUR. No creo papá, que vayas a pensar...

D. AUG. No sé, tanto besuquear la mano, tanto secretito al oido... ¡No me gusta! ¡No me gusta! ¿Dónde está tu marido?

AUR. Anda muy ocupado en cosas de la administración.

D. AUG. Naturalmente... con un administrador como el que tiene, que no se dedica más que a hacerle la corte a su mujer...

AUR. Tú ves visiones, papá.

D. AUG. Y yo te digo que ese hombre es un libertino audaz, sin ninguna clase de escrúpulo. La suerte es, que yo le he visto venir desde el primer momento.

ESCENA XII

DON AUGUSTO, AURORA y CARLOS (por el foro.)

CARL. ¡Hola, papá! Ya me ha dicho Juan que lo del robo fué una burla. Cuanto me alegro.

D. AUG. Si, pero no puedo quedarme con vosotros más que tres días.

CARL. Tres días?...

D. AUG. El tiempo suficiente para llamar el órden a tu administrador.

CARL. Qué ha hecho el pobre muchacho?

D. AUG. Hacerle la corte a tu mujer de la manera más desvergonzada. ¡Y aprieta, aprieta! Yo lo he visto con mis propios ojos.

CARL. (Tendré que romperle un hueso.)

D. Aug. No te queda más remedio que ponerle en el acto de patitas en la calle... Mira, ahora viene...

Carl. Pues ya verá usted.

D. Aug. No. Eso déjalo en mis manos. Ya verás como ahora yo le cojo por la solapa de la americana y con mucha suavidad, lo planto en el arroyo.

Carl. No, papá, no...

Aur. No te excites... podría perjudicarte.

Carl. No tenga usted cuidado, ya me encargo yo.

D. Aug. (A Aurora.) Bien, dejémosles solos. (A Cárlos.) Pero no te andes con chiquitas.

ESCENA XIII

CARLOS y JUAN. (Ambos están de pésimo humor.)

Juan. ¡Hola! Cárlos.

Carl. ¡Hola! Juan.

Juan. La cosa se presenta bien.

Carl. La cosa está que arde.

Juan. Entre mi señora tía...

Carl. Y mi suegro que está cada vez más insoportable...

Juan. Estamos como suele decirse entra la espada y la pared.

Carl. A que no sabes con que gaita sale ahora mi suegro?

Juan. No atino... Alguna nueva majaderia.

Carl. Me exije que te despida.

Juan. Ja, ja, ja!

Carl. No te rias, porque la cosa es más séria de lo que parece. Dice que le haces la corte a mi mujer, y según asegura con brio.

Juan. ¡Que tontería!

Carl. Mira Juan, no abuses de mi paciencia, porque echo la manta a rodar y se descubre el pastel.

Juan. Pero hombre...

Carl. Y que mi suegro va á estarse aquí nada menos que la friolera de tres días.

Juan. Y mi tía tres semanas.

CARL. No tengas cuidado. Yo me encargo de que se vaya mañana mismo.

JUAN. Ya verás también, que susto le doy a tu suegro.

CARL. Yo he puesto una rana en la cama.

JUAN. Y yo un erizo debajo de la almohada.

ESCENA XIV

Dichos, CATALINA (por el foro con una rana en la mano envuelta en una hoja).

CAT. Ya le despediste? (A Juan.)

JUAN. Sí.

CAT. Haz que me dén un vaso grande.

JUAN. ¿Para qué?

CAT. Y usted señor administrador hágame el favor de atraparme una dccena de moscas.

CARL. ¿De moscas? Para que quiere semejante porquería?

CAT. ¡Otra! Para darle de comer a esta ranica que me he encontrado en el jardín. Mire usted que mona es! (Intenta cojer una mosca en el aire.) ¡Oh! a mi las ranas me encantan. Croac!... Croac! Que música tan deliciosa, sobre todo oyéndola desde la cama.

CARL. (Me he lucido.)

JUAN. (Yéndose hacia el foro, dando manotadas en el aire como si quisiese atrapar moscas.) (Pues señor, para echar a esta gente habrá que emplear la dinamita.)

CAT. A donde vas, hijo?

JUAN. A cazar moscas.

ESCENA XV

CARLOS y CATALINA.

CAT. Supongo que mi sobrino habrá cumplido mi encargo respecto a...

CARL. Si señora... Acaba de despedirme.

CAT. La presencia de usted en esta casa es muy

peligrosa... Podría turbar la felicidad matrimonial de mi sobrino.

CARL. ¡Señora!

CAT. No, es inútil que intente usted negar nada... Si llego a demorar mi venida quizás hubiera sido demasiado tarde.

CARL. Tiene usted mucha penetración.

CAT. Se necesitaria estar ciega para no ver... La suerte es que Aurora ama a su marido.

CARL. ¿Que le ama? ¿Porque dice usted eso?

CAT. Toma! Tengo pruebas.

CARL. ¿Prue... bas?

CAT. Sí, hace poco he mirado por el ojo de la cerradura y he visto como se besaban.

CARL. ¿Como se besaban?... ¿Como se besaban ha dicho usted?... (Yo los pulverizo!) (Queriendo salir precipitadamente.)

CAT. ¿A donde vá usted?

CARL. ¡A extrangular!... A... a... a...

CAT. ¡Acabe usted de una vez!

CARL. ¡A cazar moscas, señora!

ESCENA XVI

CATALINA, luego D. AUGUSTO, (que entra por la izquierda y se queda mirando a Catalina y saludándola después).

D. AUG. ¡Buenos días, señora!

CAT. ¡Buenos días, caballero!

D. AUG. ¿La he asustado a usted quizás?

CAT. Yo no me asusto de tan poca cosa.

D. AUG. ¿Está usted de visita? (Ofreciéndole una silla.)

CAT. Eso es... si, señor.

D. AUG. Yo también.

CAT. Hoy hace un tiempo muy hermoso.

D. AUG. ¡Muy hermoso! Pero el sol calienta demasiado.

CAT. Pues es de esperar que refresque por las noches.

D. AUG. ¿Le gusta a usted esta quinta?

CAT. Es muy hermosa.

D. AUG. Pero ¡tiene un administrador!...

CAT. No me hable usted de él porque me pongo nerviosa.

D. AUG. ¡Ah! pero le conoce usted?

CAT. ¡Desgraciadamente!

D. AUG. No hay por donde cojerle.

CAT. ¡Es un sinvergüenza!

D. AUG. ¡Es un Sardanápalo!

CAT. Es un Tenorio.

D. AUG. Es un solemnísimo bribón!

CAT. De todo se cuida menos de su obligación.

D. AUG. No... tenga usted cuidado. Yo le pondré las peras a cuarto.

CAT. ¡Eso es incumbencia mía!

D. AUG. ¡Mía!

CAT. ¡Otra! Le digo a usted que es mía!

D. AUG. Se equivoca usted, señora!

CAT. (Quien será este tío tan ordinario?)

D. AUG. (Quien será esta cócora. Mujer más antipática.)

CAT. Yo he hecho que lo despidieran.

D. AUG. ¡He sido yo!

CAT. ¡Yo!

D. AUG. Por lo visto usted se atribuye todos mis actos. No sé con que derecho. Una extraña!

CAT. El extrano es usted.

D. AUG. ¡Que audacia!

CAT. ¡Que cinismo!

D. AUG. ¡Inquisidora!

CAT. ¡Sátrapa!

ESCENA XVII

Dichos y AURORA por el foro.

AUR. ¿Qué es esto?

D. AUG. ¿Quién es esa cotorra? (Cojiendo a Aurora por la mano y llevándosela a la derecha.)

CAT. ¿Quién es ese cascarrabias? (Cojiendo a Aurora por la otra mano y llevándosela a la izquierda.)

AUR. Veo que no se conocen ustedes... (Presentándoles.) Mi papá... la tía Catalina.

CAT. ¡Ah! el suegro de mi sobrino.

D. AUG. Que cosa más rara! Mi yerno no me ha dicho nunca que tenía una tía.

CAT. Mi sobrino no me ha dicho nunca que usted existiese en el mundo.

D. AUG. Dime, Aurora, ¿quien ha despachado al administrador?

CAT. Si, hija mía, dilo.

AUR. Mi marido.

CAT. ¡Eso es!... ¡mi sobrino!

D. AUG. Eso es... ¡Mi yerno! Usted no!

CAT. ¡Otra! Usted tampoco!

D. AUG. (Llevándose aparte a su hija.) Cuanto tiempo va a estar aquí esa estantigua?

AUR. Tres semanas.

D. AUG. ¿Sí? ¡Pues me voy ahora mismo!

CAT. (Llevándose aparte a Aurora.) Cuanto tiempo va a estar aquí ese carcamal?

AUR. ¡Tres días!

CAT. ¿Si? ¡Pues me voy ahora mismo!

D. AUG. ¡Señora! (Disponiéndose a irse.)

CAT. ¡Caballero! (Lo mismo.)

D. AUG. (Cocodrilo!)

CAT. (Rinoceronte!) (Catalina se va por la derecha primer término y D. Augusto por la izquierda primer término.)

AUR. Magnífico! El uno se encargará de echar al otro.

ESCENA XVIII

D. ATANASIO. JUAN, IRENE y CARLOS (foro izquierda.)

D. ATA. (A Juan.) Como acabo de decirle a usted, mi hija tiene gran interés en que asista usted a nuestro thé dansant.

JUAN. Lo siento mucho, pero no puedo dejar sola a mi tía.

D. ATA. Que venga ella también

JUAN. No puede ser. Está también aquí el suegro...

D. ATA. ¿Su suegro de usted?

JUAN. De mi administrador.

D. ATA. ¡Ah! ¿pero es casado?... ¿De donde ha sacado usted a ese sujeto?

JUAN. Es madrileño.

D. Ata. Se conoce. No entiende una palabra de agricultura.

Juan. ¡Ah! pero en cambio baila admirablemente... ha sido maestro de baile... Y toca al piano unos bailes deliciosos.

D. Ata. Y se permite hacerle la corte a mi hija. (Dirigiéndose a Cárlos.) Caballero, ¿quiere usted concederme un momento de atención?

Carl. Con mucho gusto. (Se van por la izquierda de la terraza.)

ESCENA XIX

JUAN e IRENE.

Irene. ¿No me dice usted nada, Juan?

Juan. Si yo hallase una frase, una frase adecuada. (Consultando el puño de la camisa.)

Irene. Vendrá usted esta noche, Juan?

Juan. No sé... si.

Irene. Están prohibidas todas las excusas. Yo lo mando!

Juan. (Leyendo en el puño.) «Es usted la mujer más encantadora que he visto en mi vida.»

Irene. ¿Vendrá usted?

Juan. (Leyendo.) «Permita usted que cubra su mano con todos los besos que quepan en ella.»

Irene. No sabía que era usted tan galante.

Juan. Yo, señorita? Yo no sé hacer otra cosa! Ah! si, Irene, ahora o nunca. (Va a arrojarse a sus piés.)

Irene. Caballero, haga usted el favor de llevarme a donde está mi papá!

Juan. Con mucho gusto. ¿Puedo acaso esperar?...

Irene. (Ya en la terraza.) Quisiera ser pájaro para hacer mi nido en su corazón.

Juan. ¡Cómo! ¿Esa frase?... ¿Dónde la ha leido usted?

Irene. En el puño de su camisa. Já, já, já!

Juan. ¡Ah! (Esconde el puño avergonzado y desaparece con Irene por la izquierda de la terraza.)

ESCENA XX

DON AUGUSTO y CATALINA (el primero entra por la izquierda y la segunda por la derecha con sus efectos de viaje. Salen tan precipitadamente de sus respectivas habitaciones que al llegar al centro del escenario chocan el uno con el otro)

D. AUG. ¡Usted dispense!
CAT. No hay de qué.
D. AUG. ¿Se va usted?
CAT. Si... ¿y usted?
D. AUG. Si; usted y yo no cabemos bajo el mismo techo.
CAT. Lo único que siento es que mi pobre sobrino tenga un suegro semejante.
D. AUG. Por algo no quería él que supieran que usted era su tía.
CAT. Pues lo que es él, tiene poco afán de lucirle.
D. AUG. ¿Si? pues ahora me quedo nada más que por darle a usted en la cabeza.
CAT. ¡Otra! pues yo también.
D. AUG. Pero no quiero la vecindad de usted.
CAT. Ni yo tampoco.
D. AUG. Que me dén otro cuarto.
CAT. Y a mi también. Y sepa usted que yo soy la que he despedido al administrador.
D. AUG. Yo soy el que voy a despedirle en el acto si aún no se ha ido.
CAT. Lo veremos.
D. AUG. ¡Lo veremos! (Va obscureciendo gradualmente.)

ESCENA XXI

Dichos, CARLOS y JUAN (que aparecen por izquierda de la terraza.)

CAT. Me vas a hacer un favor. (Bajo a Juan.)
JUAN. ¿Uno? Todos los que quieras.
CAT. Despide inmediatamente al administrador.
JUAN. ¿Enseguida? No puede ser.
CAT. Déjalo en mi mano... Ya verás que pronto te lo quito de enmedio...
JUAN. Pero tía...
CAT. Me has dado tu palabra. Quiero además

aquella habitación. (Señalando a la de la izquierda.) Es más ventilada y más grande que la mía.

JUAN. Pero es la de don Augusto, no querrá dejarla.

CAT. Pues me la dás o te desheredo. (Siguen hablando en voz baja.)

CARL. (A don Augusto.) Pero como quiere usted que le despida así a rajatabla?

D. AUG. Compóntelas como puedas... ¡Ah! y quiero ese cuarto. (El de la izquierda.) El mío dá al establo de las cabras. No sé porque ese estafermo ha de tener una habitación mejor que la mía.

CARL. No querrá dejarla.

D. AUG. Pues le sacas a la fuerza.

CAT. Usted me permite, don Cárlos...

D. AUG. Usted me permite, don Juan?...

(Don Augusto y Juan a la izquierda; Catalina y Cárlos a la derecha hablan y gesticulan acaloradamente. De pronto don Augusto saca unos cuantos billetes de su cartera, Catalina de su saquito de mano y se los entregan respectivamente a Juan y a Cárlos. Ambos se quedan con los billetes en la mano entre risueños y turbados.)

D. AUG. (Mirando a Catalina provocativamente.) ¡Ahora veremos, marmota, quien puede más!

CAT. (Lo mismo.) ¡Ahora sabrá como las gasto yo, viejo hipopótamo!

D. AUG. Señora... (Irónico.)

CAT. Caballero... (Id.) (Ambos se meten en su cuarto.)

ESCENA XXII

CARLOS y JUAN (al quedarse solos prorrumpen en una sonora carcajada.)

CARL. ¡Conque en medio del arroyo!

JUAN. ¡Conque de patitas en la calle!

CARL. Mira, doscientas pesetas!

JUAN. Ciento cincuenta!

CARL. Chico, vamos a pasar una noche deliciosa.

JUAN. Nos las vamos a gastar todas en champagne.

CARL. ¿No sabes? Mi suegro quiere el cuarto de tu tía.

JUAN. Y mi tía el cuarto de tu suegro.

CARL. Vamos a pasar un buen rato. Finjimos que

nos peleamos y les vamos a desalojar de sus habitaciones, a la fuerza.

JUAN. Muy bien pensado.

D. AUG. ¿Puedo ya mudarme de cuarto? (Abriendo la puerta de su habitación)

CAT. ¿Ya está la habitación disponible? (Id.)

JUAN. (A Cárlos.) No lo consentiré de ninguna manera. El cuarto es para la tía.

CARL. No, es para el suegro.

JUAN. ¡Lo veremos!

CARL. ¡Lo veremos!

JUAN. ¡Emplearé la fuerza para ello si es necesario!

CARL. ¡Y yo también! (Ambos corren a los cuartos y van sacando atropelladamente las cosas que hay dentro)

CAT. ¡Bravo! así se hace. (Aplaudiendo.)

D. AUG. ¡Cárlos! no te ablandes. (Id.)

(Cárlos saca del cuarto de Catalina una caja de cartón, se le cae de la mano, se desprende la tapa y sale un sombrero de señora rodando por el suelo.)

CAT. ¡Virgen del Pilar! Mi sombrero nuevo.

(Juan entre otras cosas de D. Augusto saca una caja de cuellos que se les cae también, desparramándose todos los cuellos por el suelo.)

D. AUG. ¡Vaya una torpeza! (Furioso.) ¡Mis cuellos que acabo de comprar. (D. Augusto y Catalina se meten corriendo el uno en la habitación del otro, cerrando las puertas por dentro. Cárlos y Juan se ríen a carcajadas.)

ESCENA XXIII

Dichos, menos Catalina y D. Augusto, ADDA FRANQUINI (que entra por la terraza.)

ADDA. ¡Buenos, días señores!

CARL. ¡Adda!

JUAN. No nos faltaba más que eso.

CARL. ¿Porqué has venido?

ADDA. Me gusta la manera de recibirme Pregúntáselo a tu amigo Juan.

CARL. (Presentándolos.) Mi amigo Juan... la señorita Adda Franquini. Dime, ¿te ha visto mi mujer?

ADDA. No.

CARL. Pues debes irte inmediatamente. No quiero que te vea aquí.

ADDA. (A Juan.) ¿Ya ha encontrado usted una mujer?

CARL. Si, si, ya la ha encontrado. ¡Vete!

ADDA. Y acabo de llegar .. Yo que me había prometido una noche de alegría y de champagne.

CARL. Sí, tienes razón, vámonos a Madrid. (Bajo a Juan.) Reventaremos las pesetas de tu tía y de mi suegro.

ESCENA XXIV

Dichos, D. ATANASIO, después CATALINA y D. AUGUSTO.

D. ATA. Veo que la casualidad viene en mi ayuda.

JUAN. ¿Qué se le ofrece a usted?

D. ATA. Acabo de recibir un recado del pianista diciéndome que no puede venir... Imagínese usted un thé dansant sin pianista... y como usted me ha dicho que su administrador lo toca divinamente vengo a suplicarle que me lo preste por algunas horas.

CARL. Yo?

D. ATA. ¿Es su señora de usted? (Por Adda.)

CARL. Si... si... es mi señora.

D. ATA. Tanto gusto. Hoy tenemos *the dansant*.

ADDA. Ah, si? Es una cosa que encanta. Yo cantaré couplets.

D. ATA. ¿Usted sabe cantar couplets.

ADDA. Todos los que usted quiera.

D. ATA. ¡Magnífico! Pues entonces, secuestro a los señores... Abajo tengo el coche.

CARL. Pero si yo...

JUAN. ¡Calla! así sacamos de aquí a Adda.

CARL. Tienes razón, vamos.

D. ATA. Señora... (Ofreciendo el brazo a Adda.)

(En aquel momento se oye en la habitación de la derecha un espantoso crujido y un grito lanzado por don Augusto.)

ADDA. Qué es eso?

D. ATA. ¿Han oido ustedes?

CARL. No es nada, vamos.

JUAN. No hagan ustedes caso En marcha! (*Se marchan apresuradamente por el foro izquierda. Don Augusto y Catalina salen de sus respectivas habitaciones en paños menores, hechos los dos unas fieras.*)

D. AUG. (*Con un pedazo de cama en la mano.*) ¡Margarita de Borgoña! Lucrecia Borgia!... ¡Mire usted su obra!

CAT. (*Con el erizo que lleva encima de una almohada v tirándole ambas cosas a la cara.*) ¡Ahí tiene usted la suya! Nerón! Calígula! Nabucodonosor! (*Por la puerta del foro asoman Cárlos y Juan riéndose y desaparecen.*)

TELÓN.

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. La acción empieza a la mañana siguiente del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

CARLOS y JUAN (deslízanse cautelosamente por la terraza.)

CARL. Ya hemos llegado.

JUAN. Y nadie ha notado nuestra falta.

CARL. Si al menos pudiese hablar ya con mi mujer.

JUAN. Qué la dirias?

CARL! Todo, menos la verdad.

JUAN. ¿Y la tía?

CARL. ¿Y mi suegro?

JUAN. Quien sabe si viven aún! No se habrán despedazado el uno al otro?

CARL. ¡Ojalá! Sabes lo que me consuela? Que has sabido aprovechar la noche.

JUAN. ¿Por qué dices eso?

CARL. Recuerda aquellas palabras que un caballero le dijo a cierta dama en un cenador del jardín de don Anastasio: «Señorita, la amo a usted».

JUAN. Ah, ¿tú me oiste?

CARL. Sí, seguí todos tus pasos. Ya sabes el deseo tan grande que tengo de que te cases para volver a entrar en posesión de mi mujer.

JUAN. Si, ahora que amo comprendo tus celos. Yo no le prestaría jamás mi Irene a ningún hombre.

CARL. ¿Tan adelantado estás ya?

JUAN. Ya tengo el si de ella. Pero el padre aún no sabe nada.

CARL. ¿A qué esperas? Hoy mismo te vistes de etiqueta y vas a pedirle la mano de Irene.

JUAN. No me atrevo.

CARL. ¿Quieres que otro se te adelante?

JUAN. No. Voy ahora mismo.

CARL. Así me gusta.

ESCENA II

Dichos y COSME (por el foro).

COSME. ¡Gracias a Dios, señoritos! No nos tenían ustedes poco inquietos.

JUAN. ¿Me ha echado de menos la tía?

COSME. No.

CARL. ¿Y mi suegro?

COSME. Tampoco.

JUAN. ¡Que suerte!

CARL. Que cosa más extraña.

COSME. Los dos se encerraron anoche en su cuarto y han salido esta mañana muy temprano.

JUAN. ¿Por fin se han ido?

COSME. No lo creo, porque ahí están sus baules.

CARL. ¿Y la señorita?

COSME. Tomó el primer tren para Madrid.

CARL. ¿Qué dices?

COSME. Creyendo que usted se había ido allí.

CARL. Está bien. Oye, Cosme, tráete enseguida el traje de levita de don Juan. (A Juan) Debes ir inmediatamente a casa de Irene.

COSME. Señorito, es que las polillas han hecho un agujero muy grande en una de las piernas del pantalón.

JUAN. ¿Lo ves? Ese agujero es un aviso del destino. (A Cárlos.)

CARL. No importa, para eso están el hilo y las agujas; ya lo compondrán. (A Cosme.) Haz lo que te he dicho. Tráelo. (Váse Cosme derecha.)

JUAN. ¿Qué voy a decirle al padre? Con Irene es otra cosa... Además llevaba yo escrita mi declaración de amor en el puño de la cami·

sa y como que el jardín estaba a oscuras me sentí más atrevido... pero con el padre... ¡Dios mío! ¿Qué voy a decirle al padre?

COSME. Aquí está el traje, señorito. (Volviendo con unos pantalones negros.) (Váse izquierda de la terraza.)

JUAN. (Llevando al brazo el traje.) Ahí no, ese es el cuarto de don Augusto y si me pillaba... en el de mi tía estaré más tranquilo. (Entra en el cuarto de la izquierda primer término.)

ESCENA III

DON AUGUSTO (por la derecha de la terraza) y después JUAN.

D. AUG. No lo entiendo... no encuentro a Aurora por ninguna parte... en cambio esa maldita vieja parece que me persigue por donde quiera que voy... Aquí al menos no la veré. (Abre la puerta de su cuarto.) ¿Quién está ahí?

JUAN. ¡Caracoles! (Dentro.)

D. AUG. El administrador en mi cuarto ¡Qué descaro! Salga usted enseguida!

JUAN. Ya voy.

D. AUG. ¡Es inaudito lo que está pasando en esta casa!... Le despido a usted, le doy ciento cincuenta pesetas para que se vaya y me lo encuentro después en mi cuarto en paños menores.

JUAN. (Sale del cuarto con la levita y el chaleco al brazo en mangas de camisa.) Era su cuarto? Usted perdone... pero ayer estaba usted en ese. (Señalando el de la derecha.)

D. AUG: Pero me cambié enseguida al otro. Aquel olía a ácido fénico... Me he encontrado allí, grillos, caracoles y una rana.

JUAN. Todo un jardin zoológico.

D. AUG. Como se conoce que era usted el administrador... Pero ahora yéndose usted volverá a reinar el órden en esta casa.

JUAN. Lo siento, pero no puedo irme.

D. AUG. Váyase usted inmediatamente y le daré cincuenta pesetas más.

JUAN. Es usted muy generoso.

D. AUG. Sólo por el gusto de no verle más aquí.

JUAN. Guárdese usted su dinero que no necesito para nada. Me voy.

D. AUG. ¡Al fin!

JUAN. Pero no como se figura usted. Voy a pedir la mano de una bella señorita.

D. AUG. Me gustaría conocer a la novia.

JUAN. No hace falta. Basta con que sepa usted que es hermosa, joven y rica.

D. AUG. ¿También rica? (Irónicamenre.)

JUAN. Aunque no me importa porque con mis ahorros tengo lo bastante para poder sostenerla con decoro.

D AUG. Conque ahorros, eh?... Le llama ahorros a... No hay por donde cojerle. (Entra en el cuarto de la izquierda)

JUAN. ¡Dios mío! Que ganas tengo de salir del paso! (Váse primera derecha.)

ESCENA IV

AURORA, luego JUAN.

AUR. (Entra por la terrnza y va a abrir el cuarto del foro derecha.) No está... y la cama se vé intacta... toda la noche la ha pasado fuera... quizás sepa la tía donde está... (Llama a la puerta de la derecha primer término)

JUAN. Tenga usted. (Abre la puerta sin ver a Aurora y la dá el pantalón de Cárlos.)

AUR. ¿Qué es esto? (Quedándose con el pantalón en la mano)

JUAN. ¡Ah! usted dispense. (Saca la cabeza fuera y ve a Aurora.) (Cierra la puerta apresuradamente.)

AUR. ¿Qué significa esto?

ESCENA V

CARLOS y AURORA.

CARL. ¡Aurora! (Por el foro izquierda,)

AUR. Dime. ¿Dónde has pasado la noche?

CARL. ¿Qué dónde?... Ya te lo diré más tarde.

AUR. ¡Lo quiero saber ahora mismo!... ¡ahora mismo!...

CARL. No tengo tiempo ahora... se trata de algo más importante... de esos pantalones (Se los quita.) ¿Te ha dicho él?...

AUR. ¿Quien es él?

CARL. Juan... Su felicidad depende de este pantalón... ¿Quieres zurcirle este agujero que tiene?

AUR. ¿Yo?... Quita de ahi!

CARL. Se le han apolillado... va a pedir la mano de su novia... no le niegues este favor.

AUR. Hazlo tu si tanto te interesa. (Váse foro derecha.)

CARL. ¡Pues señor!

ESCENA VI

CARLOS, CATALINA (por la terraza)

CAT. ¡Cómo! Aún está usted aquí?... Pensaba que a estas horas estaría usted lejos... muy lejos.

CARL. Todavía no. Tengo que hacer.

CAT. ¿Y que es ello, si puede saberse?

CARL. Se trata del último favor que voy a hacerle a mi amigo... digo a don Juan... estos pantalones se le han agujereado... hay que componerlos y como por aquí no hay ningún sastre... la ruego a usted que...

CAT. ¡Yo! ¡Eso es una impertinencia! No entiendo de esas cosas. (Entra en el cuarto de la derecha primer término)

CARL. Pues señor, ¿para qué sirven entonces las mujeres en el mundo?

CAT. (Gritando dentro.) ¡Qué cinismo! ¡Qué desvergüenza! Dejarme entrar en el cuarto estando mi sobrino en calzoncillos! (Váse por la derecha de la terraza.)

CARL. Miren con la vieja, tantos aspavientos por tan poca cosa! Pero ahora se me ocurre... quizás Cosme sepa hacerlo... ¡Cosme!... ¡Cosme! Dónde se habrá metido ese gaznápiro! (Se vá por la terraza.)

ESCENA VII

JUAN.

JUAN. (De levita y llevando los pantalones de antes que son blancos de dril o con una levita larga y en calzoncillos.) No se ha ido poco furiosa la tía... No salgo de apuros. En mí va invertirse el refrán... Me voy a quedar sin ropa y sin novia.

ESCENA VIII

JUAN, AURORA y después CATALINA.

AUR. ¡Juan! (Saliendo del cuarto del foro derecha.)

JUAN. Ante todo, perdone usted si antes...

AUR. Sí, si está usted perdonado con tal que me diga donde ha pasado la noche mi señor marido.

JUAN. En casa de don Anastasio... conmigo, allí he concertado mi casamiento con su hija.

AUR. ¿Usted?

JUAN. Si, señora... Yo solo no me hubiera atrevido... pero Cárlos lo ha arreglado todo... como tiene tanta prisa de volver a recobrar a usted... y ahora me disponía a ir allí.

AUR. Le felicito.

JUAN. No se apresure usted... el destino se declara en contra mía.

AUR. ¿Y eso?

JUAN. Las polillas se han comido mis pantalones y tienen un agujero tremendo... se reirían de mí, y Cárlos... quería... (Ve venir la tía por la terraza izquierda.) ¡La tía! (Dando grandes zancanadas desaparece por el foro izquierda.)

ESCENA IX

AURORA y CATALINA.

CAT. ¡Buenos días, Aurora!

AUR. ¡Buenos días, querida tía!

CAT. ¿Qué pasa?

AUR. ¡Nada!

CAT. Como he visto gesticular a tu marido con mucho calor y echar a correr después!... Os peleáis ya tan temprano?

AUR. Una tontería que no tiene importancia.

CAT. ¡Claro! como que das oido a las lisonjas de galanteadores de oficio... no es raro que... No extrañes que te hable así... al cabo soy tu tía.

AUR. Tu no me conoces.

CAT. No hablo más que por lo que he visto y me parece que vuestro casamiento ha sido una equivocación.

AUR. Pero, querida tía...

CAT. Si, una equivocación... Tú eres demasiado coqueta.

AUR. ¿Yo?

CAT. Si, y de la coquetería a un desliz no hay más que un paso... A tí, hija mía, te han educado muy mal.

ESCENA X

Dichas y DON AUGUSTO.

D. AUG. ¿Qué dice usted, señora? (**Por la izquierda primer término que ha oido las últimas palabras de Catalina.**)

CAT. ¡Caballero!

AUR. No te sofoques, papá.

D. AUG. ¿Como quieres que no me sofoque con lo que acabo de oir? ¿Que mi hija no ha sido bien educada? Permítame usted que me ría! No hagas caso, Aurora! ¿Qué sabe una vieja solterona de como hay que educar a las muchachas? Ven, no la escuches siquiera.

AUR. Pero papá... (**D. Augusto se la lleva por la izquierda primer término.**)

CAT. ¡Vieja solterona! Me la ha de pagar ese viejo chocho!

ESCENA XI

CATALINA y JUAN.

JUAN. ¡Caracoles! (Por el foro izquierda) ¡La tía!

CAT. Hijo mio, vienes a tiempo. Ese grosero de D. Augusto que tiene más años que un loro, acaba de llamarme vieja solterona.. a mí... a tu tía!

JUAN. Está bien... después...

CAT. ¿Quieres decirme porque vas vestido de un modo tan... ridículo?

JUAN. Porque mis pantalones negros están apolillados... Tengo que hacerle una visita a don Atanasio... D. Augusto!.. No quiero verle. (Váse foro izquierda.)

CAT. Pues yo menos. (Se vá derecha primer término.)

ESCENA XII

AURORA, DON AUGUSTO (por la izquierda primer término.)

D. AUG. ¿No estaba aquí ahora mismo el administrador?

AUR. Creo que sí, papá.

D. AUG. Voy a echarle de aquí a puntapiés. (Sale tras de Juan.)

AUR. Papá, por Dios! no hagas eso! (Se vá en su seguimiento.)

ESCENA XIII

CARLOS.

CARL. (Que entra por la terraza con unos pantalones.) Imposible, no hay quien quiera componerle los pantalones al pobre Juan. Yo no sé para que existen el hilo y las agujas. Gracias a que yo he traído unos pantalones negros, y podrá salir de este atolladero. Voy a llevárselos a Juan. (Vá con ellos foro izquierda.)

ESCENA XIV

DON ATANASIO, luego DON AUGUSTO y CATALINA.

D. ATA. (Por la terraza) No veo por ninguna parte a la mujer del administrador... la que cantó anoche en mi casa .. aquel garbo, aquel chic... aquella voz... aquella gracia... me han vuelto loco por completo... Quiero decirle todo lo que siento por ella... ¿Dónde estorá? (En este momento entra D. Augusto por el foro izquierda y Catalina por la derecha primer término.) Perdonen ustedes mi atrevimiento... pero no había nadie que me anunciase... Soy Atanasio de Fuente-labrada.

D. AUG. ¡Ah! tanto honor.

CAT. Mucho gusto en conocer a usted.

D. AUG. (Presentando a Catalina.) La señorita D.ª Catalina de Robledales. (Bajo a Catalina.) Ahora presénteme usted a mí.

CAT. D. Augusto Medina. (Presentándole.)

D. ATA. Señorita, a los piés de usted... Tengo un gran placer en estrechar su mano.

(Catalina y D. Augusto le ofrecen una silla cojiéndola los dos para obligarle a que se siente en ella. D. Atanasio no sabe cual aceptar, por fin opta por sentarse, obligado por la galantería en la que le ofrece Catalina.)

CAT. Siéntese usted.

D. AUG. Tome usted asiento.

CAT. Yo soy la tía...

D. AUG. Y yo el padre político...

D. ATA. Oh, c' est charmant. He tenido el gusto de conocer a su sobrino, (a Catalina) y a su hijo político. (A D. Augusto.) Debo felicitarle, tiene usted una hija encantadora.

D. AUG. (Con fatuidad.) Se ha hecho todo lo que se ha podido. (A Catalina.) No decía usted que estaba tan mal educada?

CAT. ¡Cállese usted! No demos aquí ningún escándalo.

D. ATA. Su sobrino de usted es un hombre encantador... algo tímido... desmañado...

D. AUG. Eso es lo que yo no podría decir de mi hijo político.

D. ATA. Es verdad, tiene unas maneras aristocráticas y toca el piano deliciosamente.

CAT. ¿Qué toca el piano? Pues eso no lo sabía yo.

D. ATA. Y que bien canta su mujer los couplets.

CAT. ¿Aurora?

D. AUG. ¿Mi hija?

D. ATA. Los canta de una manera picante y al mismo tiempo tan discreta...

D. AUG. ¿Couplets? Mi hija? Eso si que no lo sabía.

CAT. Y yo tampoco. Pero no he sido yo la que la ha educado. (A D. Augusto.)

D. AUG. ¡Cállese usted! No demos aquí un escándalo.

D. ATA. (A Catalina.) Mi hija Irene le está muy agradecida a su sobrino... la jaca se le encabritó, pero su sobrino la sujetó por las riendas evitando así una catástrofe... Se portó como un héroe.

D. AUG. Mi yerno no ha montado nunca.

D. ATA. Usted dispense, no hablaba de su yerno, sino del sobrino de la señora.

D. AUG. Pero si son una misma persona.

CAT. Si, desgraciadamente.

D. ATA. Veré yo visiones? Dispénsenme ustedes, pero eso es imposible; absolutamente imposible.

D. AUG. Mi yerno le contestará a usted personalmente.

CAT. Mi sobrino le contestará a usted personalmente.

D. AUG. Voy a llamarle.

CAT. No, ya iré yo.

D. AUG. Usted no sabe donde está.

CAT. Usted es el que no lo sabe.

D. AUG. Espéreme usted.

CAT. No tardo más que un minuto.

D. AUG. Enseguida estoy de vuelta.

CAT. Vengo volando. (Se van uno por cada lado de la terraza.)

ESCENA XV

D. ATANASIO, después CARLOS por el foro izquierda, luego JUAN

D. ATA. Juan y el administrador una misma persona... ¡Vamos! que no puede ser.

CARL. Póntelos enseguida. (Sin ver a D. Atanasio.)
JUAN. ¡¡Ah!! (Al ver a D. Atanasio, se esconde detrás del biombo.)
CARL. ¡¡Demonio!! (Al ver a D. Atanasio.)
D. ATA. ¡Gracias a Dios que le veo! Acabo de preguntar por usted y por su encantadora mujer.
CARL. ¿Por mi mujer? (Nos vamos a divertir.) (Ha cojido los pantalones sin que le vean y trata de dárselos a Juan.) (Alto.) Mi mujer?... si... no sé donde está en este momento. Toma los pantalones. (A Juan.) Hablaba usted de mi mujer? Ahora recuerdo que se ha ido a Madrid. (A don Atanasio.)
D. ATA. ¡Qué lástima! Sabe usted que ese señor que se llama don Augusto y doña Catalina me parecen dos personas muy... muy raras?
CARL. ¡Ah! usted también lo ha notado? En cambio Juan... don Juan es un hombre galante, valiente y caballeroso.
D. ATA. Así dice mi hija, pero a mí me parece todo lo contrario.
CARL. Es que en usted habla el entendimiento y en su hija el corazón.
D. ATA. ¿Qué quiere usted decir con eso?
CARL. Que Juan ama a su hija.
D. ATA. ¿Es cierto?
CARL. Si, y es correspondido por ella.
D. ATA. ¿Qué Irene ama a don Juan? No lo creo.
CARL. Juan se lo dirá a usted... Ahí le tiene usted, detrás de ese biombo. (Saca a Juan del biombo y se vá gravemente por el foro.)

ESCENA XVI

DON ATANASIO y JUAN.

JUAN. Dispénseme usted si me atrevo...
D. ATA. (Al ver los pantalones de Juan que le están muy cortos rompe en una estrepitosa carcajada.) Pero don Juan, ¿qué pantalones son esos?
JUAN. ¡Dios misericordioso! Todo se ha perdido.

ESCENA VXII

Dichos e IRENE.

IRENE. (Por la terraza, hablando con álguien haeia el foro.) Llévalo a la cuadra. ¡Hola, papá!
JUAN. ¡Irene! (Corre a esconderse en el biombo.)
IRENE. ¿Qué haces aquí?
D. ATA. ¿Y tú?
IRENE. La jaca se ha empeñado en venir aquí.
D. ATA. ¡Tonta! como si yo no lo supiese todo.
IRENE. Mejor, porque así no tendré que decírtelo.
D. ATA. ¿De modo que quieres a don Juan?
IRENE. Si, papá.
D. ATA. ¿Y él te quiere?
JUAN. Con todo su corazón. (Desde el biombo.)
IRENE. Juan, sal.
JUAN. Dispénsame, Irene, pero no puedo.
D. ATA. Cómo? Ya se tutean ustedes? Entonces no me queda más que decir «amén».
IRENE. No tienes más remedio.
D. ATA. (A Juan que sale después de haberse puesto los pantalones que llevaba antes.) Véngase usted a comer con nosotros y en la mesa hablaremos sobre este particular.
JUAN. Con mucho gusto. Voy a cambiar de traje y pronto soy con ustedes.

ESCENA XVIII

DON ATANASIO, IRENE y CATALINA.

CAT. (Por la derecha de la terraza.) No encuentro a mi sobrino por ninguna parte.
D. ATA. No se moleste usted, acabc de hablar con él.
CAT. ¿Está usted seguro?
D. ATA. Si acaba de pedirme la mano de mi hija Irene.
CAT. ¿Juan? ¿Mi sobrino?
D. ATA. Si, el mismo.
CAT. ¡Pero si ya está casado!
D. ATA. ¿Su sobrino de usted?
IRENE. ¿Juan?
CAT. Si, ahí está su mujer... precisamente está en este momento asomada a la ventana. ¡Ah!

(Abre la puerta del foro. La cierra otra vez.) Usted dispense, me había equivocado... Mi sobrino es libre, enteramente libre.

D. ATA. El ya lo sé... usted es la que no debería andar suelta por ahí. (Se vá con Irene por la terraza.)

CAT. ¡Ah! Esto es demasiado. En esta casa se me insulta a cada paso... Me voy... No quiero estar ni un minuto más.

ESCENA XIX

CATALINA, AURORA con CARLOS (que salen del cuarto de la derecha.)

CAT. Caballero, acabo de cojerle a usted in flaganti besando a la mujer de mi sobrino... Y tú, como es que te dejas besar por ese hombre?

CARL. ¡Es cierto! (Con finjida emoción.)

AUR. ¡Es verdad! (Id.)

CARL. La he besado.

AUR. Me ha besado.

CARL. Nos hemos besado.

CAT. ¡Ea! Basta ya de tanto besuqueo.

AUR. Pero tía...

CAT. No soy tía de nadie ¡y de tí menos! ¿No sabes las consecuencias de tu conducta? Tienes que divorciarte inmediatamente de mi sobrino.

AUR. Está bien.

CAT. Te lo agradezco. (A Cárlos.) Y usted encárguese de comunicarle a mi sobrino la decisión de su mujer. Dígale que si no la acepta, le deshereda.

CARL. Se lo diré.

CAT. ¡Cuánta falta hacía yo aquí! Ahora ya puedo marcharme tranquila. (Váse derecha primer término.)

ESCENA XX

CARLOS, AURORA, DON AUGUSTO (por la terraza.)

D. AUG. ¡Nada! ¡nada! Estoy harto de vuestra casa de campo... En resumidas cuentas vería con gusto que la vendiéseis.

AUR. No se encuentra un comprador así como así.

D. AUG. Creo haber encontrado uno... Y ahora, dá la órden de que enganchen el coche para que me lleve a la estación.

CARL. ¿Se vá usted?

D. AUG. Si... Ya os he dicho que estoy harto... Además echo muy de menos una cosa.

AUR. ¿Qué, papá?

D. AUG. El teléfono. (Se dirige a su habitación primer término.)

CARL. Ven, Aurora. (Vánse foro izquierda.)

D. AUG. (Al ver salir a Juan de su cuarto.) ¡Cómo! Otra vez le ha dado a usted por vestirse en mi cuarto?

ESCENA XXI

DON AUGUSTO y JUAN.

JUAN. No he hecho más que quitarme la levita.

D. AUG. Diga usted, ¿no le convendría comprar una casa de campo?

JUAN. Quizás.

D. AUG. ¿Le gusta a usted ésta?

JUAN. Mucho.

D. AUG. Pues mi yerno la vende... Y se la daría à usted muy barata.

JUAN. Siendo así, me quedo con «Villa-Esperanza.»

ESCENA XXII

Dichos, AURORA y CARLOS (por el foro izquierda)

CARL. El coche espera, papá.

D. AUG. Mira, el señor te compra «Villa-Esperanza».

CARL. ¿De veras? ¡Mi ex-administrador!

D. AUG. Si, con el producto de su excelente administración... no reñiréis por el precio.

CARL. Eso nunca.

JUAN. Ya lo sé. (Se dan las manos. Don Augusto se mete en su habitación.)

ESCENA XXIII

JUAN, CARLOS, AURORA, CATALINA (por la derecha primer término con todos sus efectos de viaje.)

CAT. ¿Ha consentido? (En voz baja a Cárlos.)

CARL. Inmediatamente.

CAT. (A Juan.) Más vale así. (Señalando a Aurora.) Vosotros dos no congeniábais... Los amores que nacen sobre el hielo, mueren pronto.

JUAN. Querida tía, que buena es usted. (La abraza.)

CAT. Nunca me agradecerás lo bastante el que yo haya venido.

ESCENA XXIV

Dichos y DON AUGUSTO (por la izquierda cargado con su portamantas y maleta.)

D AUG. ¡Cómo! también usted se vá? (Al ver a Catalina.)

CAT. Si. ¿Y usted también?

D. AUG. También. Pero... ¿tenemos que viajar juntos?

CAT. Claro está.

D. AUG. Eso si que no, soy capaz de irme a pié hasta Madrid.

CAT. Y yo soy capaz de quedarme por no verle.

AUR.
CARL.
JUAN. } ¡¡No!!

D. AUG. Pues yo también. (Deja en el suelo sus efectos de viaje.)

AUR.
CARL.
JUAN. } ¡¡No por Dios!!

CAT. Pero no, ahora ya he cumplido con mi deber. Ya he librado a mi sobrino de la mala pécora de su mujer.

D. AUG. (Abalanzándose hacia ella.) ¿Eh? ¿Qué dice esa mujer? (Cárlos y Aurora lo sujetan.)

CAT. Si, su hija y el... (Juan se lanza sobre ella, impidiéndola que hable y la lleva hácia la puerta.)

D. AUG. ¡Soltadme! (Forcejeando.) ¡Voy a matar a esa arpía!

CAT. ¡Mamarracho! (A Augusto.) ¡Sinvergüenza! (A Cárlos y Aurora.) (Catalina a quien sujeta Juan, al llegar a la puerta del foro izquierda, se desprende de él en el momento en que entra por ella D. Atanasio, al que la dá con la maleta que lleva en la mano, en la cabeza tomándola por D. Augusto.) ¡Familia de adúlteros! Vejestório! (Sale disparada.)

JUAN. (A Cárlos y Aurora.) Corro tras ella a la estación para convencerme de que se ha ido.

ESCENA ULTIMA

Dichos, menos Catalina y Juan.

D. ATA. Pero, ¿qué es esto? (Estupefacto.)

D. AUG. (En la puerta del foro.) ¡Arpía! ¡Solterona! ¡Vieja loca!

CARL. (A D. Atanasio.) No haga usted caso. La pobre está loca! (Cárlos, Aurora y D. Augusto en la puerta del foro, Aurora calmando a D. Augusto)

D. ATA. (En primer término, a Cárlos.) Y su señora de usted?

CARL. ¿Mi mujer? Ahí la tiene usted. (Señalando a Aurora.)

D. ATA. ¿Esa? Pero.. ¿y la de anoche?

CARL. ¿La de anoche? Ja, ja! Aquí tiene usted sus señas. (Dánd le una tarjeta.) Puede usted ir a verla si quiere.

D. ATA. ¿Eh? (Con la tarjeta en la mano.)

D. AUG. (Viniendo a primer término, a Cárlos y Aurora.) Y ahora que ya has vendido esta odiosa casa en la que tan malos ratos he pasado, nos vamos los tres a veranear a San Sebastián.

CARL. (Abrazando a Aurora.) Gracias a Dios que recobro a mi mujer.

(D. Atanasio mira alternativamente al grupo, y a la tarjeta que tiene en la mano, con cara de cómico asombro.)

D. AUG.
Público amigo y señor;
si gustó la bufonada,
yo te pido una palmada,
con permiso del autor.

TELÓN

NOTA.—*Toda la última escena debe hacerse muy rápidamente.*

OTRA.—*Este libro no está destinado a la venta.*

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.